

[FRAGMENTOS DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN EL SEPELIO  
DE ALFREDO TORROELLA]

Martí se preguntó al comenzar, cómo podría hablar ni qué tendría que decir ante la gran injusticia de aquella muerte, él, que tenía el corazón lleno de lágrimas.

«El pudor del dolor es el silencio. Ante la tumba de los poetas, no deben bautizarse los oradores, pero lo que no sabe mi voz de peregrino levantar dignamente hasta tu tumba, te lo dicen en tono solemnísimos ese rumor de pueblo agradecido, esos niños que miran medrosos tu cadáver, esos ojos de mujeres cubanas que te lloran.»

Después de algunas frases decía esto:

«Si aún vive en ti algo de aquella alma pura de paloma que supo trocarse en alma de águila para cantar los males de la patria;—si no vaya ya tu espíritu, como todos nuestros espíritus, por entre las pencas gemidoras de nuestras palmas, como para amparar de cerca nuestros campos, llenos más que de yerba, de querellas:—si aún queda en ti algo de aquella ánima amantísima que te hizo buscar con mano trémula en tu hora de agonía las manos de tus hijos y la cabeza honrada de tu padre, conmueve tu humana vestidura, surge de tu flaca carne, asoma a tus ojos algo de aquella vívida mirada que tantas veces te hizo resplandecer radiante de entusiasmo, hermoso de pasión, bello de cólera; mira a tu alrededor esos niños que aprenderán mañana tus versos, esas mujeres que los guardan en el corazón, esos hombres que no los olvidarán jamás.»

A grandes rasgos habló luego de la hermosa vida de Torroella y fijándose en distintos momentos de su existencia poética decía:

«Cuando, como rocío de amores, vertías versos sobre las bellísimas cabezas que esmaltaban los salones del hombre vigoroso a quien amaste, cuando abrazado al gran indio de México entre aclamaciones, entre *hurra*s, entre vivas frenéticos y bravos, arrancabas de aquella estatua de la justicia, para un hombre condenado a morir, lágrimas y palabras de perdón,—cuando, en noche por todos *recordada*, soberbio, atlético, magnífico, con tus hercúleos versos encrespaste, y con tu calma espléndida domaste las olas de la cólera irritada, cuando, con el dolor, con la oración, con el suspiro, llevabas a otras tierras, el perfume y el fuego de la nuestra,—lleno de flores, el seno de la patria agradecida, tejía con ellas la corona que va a aromar ahora tus nobles sienes, pálidas y frías.»

Hablando luego de las espontáneas y tiernas muestras de simpatía que recibía el fúnebre cortejo, dijo Martí:

«Algo nace, poeta, cuando mueres».

«Tú trajiste lo que tú te llevaste. Vuelven por ti las cuerdas a las liras mudas. Vuelve por ti la inspiración a los oradores silenciosos. Por ti, todo lo trémulo se vivifica. Por ti, todo lo escondido sale a plaza. ¿Por quién mejor que por ti? Tú te vas orando de la tierra, no con las manos manchadas de sangre, crispadas por el miedo, mordidas por el

odio, sino blancas y puras como tu alma, blandamente unidas, en demanda de amor para los hombres. ¡Plega, plega, poeta, ante el Dios de los buenos, tus manos siempre honradas!, y con tus labios que nunca dijeron palabras de odio, con tus versos que no tiñó nunca la hiel, pide piedad para los que sufren, fuerza para los que esperan, energía para los que trabajan. ¡Ora mucho, hermano mío, por tu pobre tierra!—¡Ora por ella!»

*Diario de Matanzas.* Matanzas, 26 de enero de 1879.